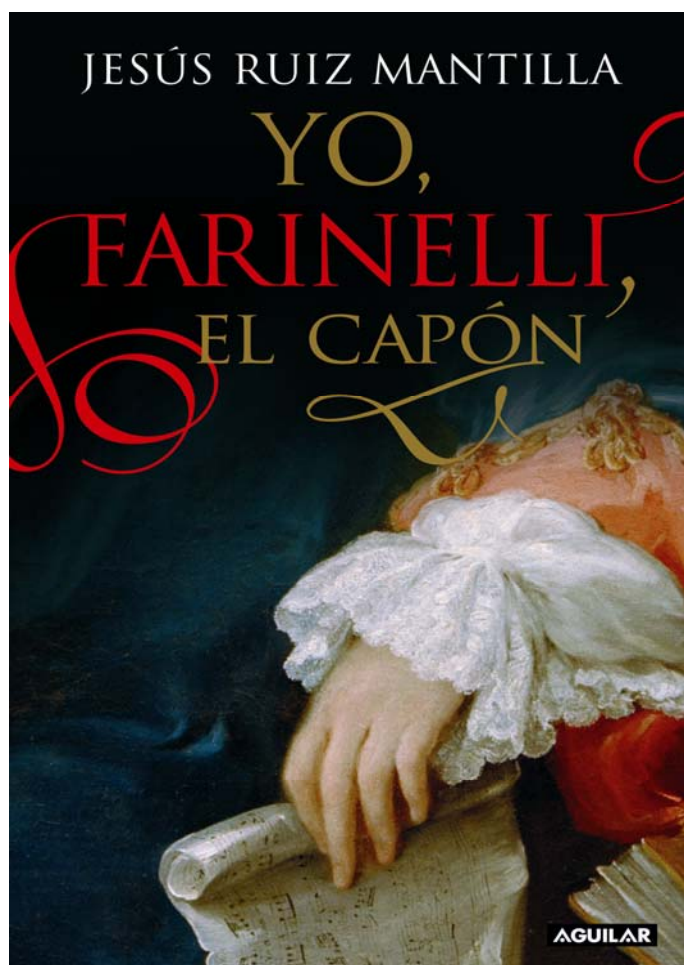


AGUILAR



YO, FARINELLI, EL CAPÓN

Jesús Ruiz Mantilla

250 pág. – 16 euros

Jesús Ruiz Mantilla es escritor y periodista. Ganador con *Gordo*, su anterior libro, del premio Sent Sovi de literatura gastronómica, también es autor de *Los ojos no ven*, una intriga con el mundo de Dalí de fondo, y *Preludio*, su homenaje al mundo del piano por medio de un personaje, León de Vega, obsesionado con los 24 Preludios de Chopin. Actualmente es redactor y columnista del diario *El País* y colabora en el programa *La ventana*, de la Cadena SER. También ha sido autor, junto a Felipe Mellizo, del guión para el documental *Dalí, maestro de sueños*, dirigido por Manuel Palacios.

EL DIVINO CASTRATO

Los *castrati*, aquellos muchachos a los que se les extirpaban los genitales para preservar la calidad de su voz y dedicarlos al canto, pueden parecernos hoy residuos de un tiempo muy antiguo, como los eunucos de los harenes o los enanos y bufones (la gente de placer) de las cortes. Fueron sin embargo una figura singular y característica en los siglos XVII y XVIII. Rodeados a menudo por el éxito, la admiración del público llegó, en ocasiones, a convertirse en verdadera idolatría por algunos de ellos. Fue, desde luego, el caso de Farinelli, sin duda, el más famoso de los *castrati*, ligado a España por los años que pasó en la corte de Felipe V, rodeado de los favores del monarca y su esposa, Isabel de Farnesio.

Este libro cuenta la extraordinaria trayectoria de Farinelli, como si fueran unas memorias escritas en primera persona. Retirado en Bolonia, a sus setenta y cinco años, Farinelli repasa su vida. Una vida marcada por su profesión y por el éxito que le deparó. En el relato aparecen personajes a los que trató, como Mozart, Casanova o Haendel; ciudades como Roma, Viena, Londres y, sobre todo, la espléndida Venecia del XVIII, la de los carnavales barrocos y la música de Vivaldi; los ambientes de los teatros y de las cortes. Todo, en medio de un mundo en trance de desaparecer, barrido por los vientos de la Razón. De hecho, la costumbre de castrar a los muchachos ya empezó a estar mal vista en vida de Farinelli y sería prohibida en el siglo XIX.

De familia noble y amante de la música, Farinelli fue una excepción a la regla de que los muchachos de su condición provinieran de familias humildes. Más que la necesidad, fue el "fanatismo artístico" de su familia el que le llevó a pertenecer a la estirpe de quienes entregaron su vida "a proporcionar siempre placer en los oídos y en las almas ajenas".

La castración, que había sido un remedio curativo para ciertas enfermedades, tenía ahora un sentido totalmente distinto; era el rito de paso inexcusable para pertenecer a esa estirpe que la Iglesia veía con buenos ojos por el excelente papel que jugaban en sus liturgias. Para Farinelli, además, supuso un rito de paso en otro sentido; paradójicamente, fue la castración la que le convirtió en un hombre, haciéndole sentir que abandonaba la infancia.

Pero la operación era, por supuesto, arriesgada ("sólo la mitad de los que entraban en la casa, casi siempre siniestra, del castrador, salían en condiciones normales"); y los métodos, vistos con los ojos de hoy, brutales. A falta de anestesia, se procuraba la pérdida de conocimiento introduciendo al niño (el tope de edad habitual era los siete años, aunque a Farinelli le operaron a los nueve) en un baño de agua helada. La casa del castrador "olía a alcohol y a gasa planchada, a carne putrefacta y sangre dispersa por las paredes; nadie sonreía".

Divino, pero no divo

Pero, una vez superado el trance, se entraba en un mundo nuevo, habitado sólo por unos pocos elegidos. Pues “la voz –piensa Farinelli- es un don divino, un ajuste de cuentas del Señor con la mediocridad, y es nuestra obligación conservarla en sus mejores circunstancias”. En cuanto a la música, es “la única forma fiable de auténtica comunicación con Dios”.

Así, el calificativo de divino no es extraño aplicado a un castrado, menos a uno de la categoría de Farinelli. Él mismo lo usa sin empacho. Lo que no fue nunca es lo que se entiende por un divo, alguien vanidoso y caprichoso, defectos estos frecuentes entre sus colegas. Si llegó a adoptar maneras de divo fue por obligación y no por convencimiento. Farinelli siempre supo que no era él el dueño de su voz, sino el público que iría a escucharle; él era sólo el depositario de ese don. Del mismo modo, nunca sería el dueño de su vida, una vida que, en adelante, iba a transcurrir en una jaula de diamantes.

Farinelli insiste en la importancia de ese don divino. Si la técnica es importante y exige ser dominada, es la belleza de la voz “la que define la línea entre los tocados por la gracia divina y el resto”. Armado de ambas -merced, en el caso de la técnica, a un concienzudo aprendizaje-, Farinelli se lanzó a la conquista del mundo, empezando por lo que tenía más cerca. Nunca se convirtió en un divo en el mal sentido de la palabra, esa gente que prolonga el teatro más allá de los escenarios; pero nunca tampoco dejó de ser consciente de lo que significaba el éxito: “el olor de un teatro lleno, la atmósfera que te atraviesa el cuerpo, el aliento de aquellos seres enjaulados en la prisión del éxtasis que les produce la música, las caras maravilladas de un público que está dispuesto a creer en ti”.

Para alguien con serias dificultades para las relaciones amorosas, el éxito era un buen sustitutivo. Habiendo disfrutado durante tantas noches de la aclamación del público (ese “fenómeno sólo reservado a pocos mortales”), “¿para qué hubiese necesitado el suspiro de una sola mujer?”, como le dijo a su amigo Casanova.

Mozart, Vivaldi, Haendel

Casanova es uno de los personajes que desfilan por el libro. Otro es un joven Mozart tocado por el dedo de los dioses, dueño de una destreza musical insólita, imbuido de un aire de superioridad y destinado a cambiar la ópera, desnudándola de ornamentos y dotándola de mayor profundidad para describir las emociones humanas.

Otro es Vivaldi, que encarna en su propia vida el espíritu de su época, “un Vivaldi desafiante de la moral caduca, que como cura aducía problemas de salud para dar misa pero que rebosaba buen aspecto cuando acudía a los estrenos de sus obras, siempre bien acompañado de mujeres”.

○ Haendel, que “parecía un gigante bajado de los cielos, un sencillo enviado portador de una música compuesta directamente por Dios”. Haendel, que jamás se plegó a las exigencias, las rencillas y las componendas de la corte inglesa, y que supo tomarle el pulso al futuro de la música; pero demasiado orgulloso también, por lo que Farinelli y él no llegarían a tener buenas relaciones, pese a la admiración que el italiano le profesaba. Éste siempre tuvo la frustración de no haber podido unir su nombre al de Haendel de otro modo distinto al de la rivalidad.

Venecia, Viena... y España

También algunas ciudades adquieren rango protagonista en el relato del viejo Farinelli. En primer lugar, Venecia, “una mujer que suscita la emoción exacta en cada reencuentro... con las velas de los palacios incandescentes, constantemente iluminadoras y vigilantes en la confusión magnífica de su carnaval”. Dividida en bandos apasionados por la ópera, Venecia, “loca, luminosa e irrepetible”, representa la esencia del barroco. Era una ciudad tan fascinante que, al recordarla en su vejez, Farinelli siente la necesidad de decir: “juro que esa Venecia existió, no me equivoco”.

Frente al barroquismo de Venecia, Viena es la “majestuosidad equilibrada”, una ciudad en la que la música se aborda como algo sagrado, no cotidiano como en Italia.

La última etapa de su vida, antes de retirarse de nuevo a Italia, la pasó en España. Tan distinta de Venecia o Viena, España le pareció, sin embargo, la corte más gloriosa de cuantas pisó, haciéndole sentirse español tanto como napolitano. A pesar de que aquella España entregada a la religión por medio de los clérigos más siniestros del mundo, con un rey sumido en la locura y la melancolía, y en la que, musicalmente, todo estaba por hacer, era lo más parecido al purgatorio que se hubiera encontrado en la vida.

Pero en España Farinelli obró el milagro de curar a Felipe V de su melancolía, y eso le convirtió casi en un santo y le hizo vivir nuevos momentos dichosos. Pasó más de veinte años en la enloquecida corte española, donde intervino, entre otras cosas, animando a la reina para que restaurara un viejo teatro que acabaría convirtiéndose en el Teatro Real.

En España, Farinelli se convirtió en la figura más consentida de la corte y, por eso, también en la más odiada por algunos.

Nuevos tiempos

Aunque su vida transcurriera en una jaula de diamantes, Farinelli no dejó de ser un hombre de su tiempo, atento a los vientos ilustrados que barrían Europa y especialmente Francia. Lee a Voltaire, reconociendo en él “el genio

que anuncia la llegada de una nueva era” en la que “el mérito del trabajo y la voluntad frente a la herencia de los privilegios prevalecería con toda naturalidad en una sociedad que se quiera denominar justa”.

Sin embargo, paradojas del arte y de la vida, lo que era bueno en el pensamiento no lo era en la música. La Francia racional e ilustrada seguía anclada a un tipo de ópera plomiza, de tempos excesivamente lentos, cargada de divagaciones vacías y falta de chispa. Farinelli, por su lado, supo transformar su arte, haciendo más hincapié en la emoción que en la técnica, alejándose de lo artificioso “para teclear los mecanismos del alma humana”. Desde entonces, notó entre el público que le escuchaba menos suspiros y exclamaciones de admiración y más revuelo de pañuelos para secar las lágrimas que brotaban. Sólo los emperadores se mantenían al margen de esos sentimientos, pues no estaban educados para dejarse llevar por las emociones. Eso le hizo a Farinelli sentir piedad por los poderosos, que, a veces, “son más esclavos por dentro que nosotros súbditos por fuera”.

Yo soy la materia de este libro

Recuerdos de una vida, consideraciones sobre la música y el éxito. Retirado en Bolonia, a sus setenta y cinco años, Farinelli evoca su pasado con sinceridad; no en vano, es la autenticidad del gran Montaigne lo que toma como modelo para escribir sus memorias. Por eso no falta en ellas el reconocimiento de un fracaso, inherente a su condición de castrado: “Para mí, la palabra amor ha sido siempre sinónimo de dolor, de fracaso. El precio más costoso que tuve que pagar a cambio de todo lo demás”.